

JESÚS BERMÚDEZ RAMIRO¹

Un retrato social de las mujeres en el *Satiricón* de Petronio

A social portrayal of Petronius' Satiricon women

RESUMEN

Mediante este estudio hemos pretendido poner de manifiesto la forma de pensar y de actuar de una buena parte de las mujeres de la época julio-claudia a través del *Satiricón* de Petronio. Las mujeres libertas, que son las que aparecen en esta novela, unidas a un varón tenían como objetivo velar por los intereses del matrimonio, basado fundamentalmente en el dinero. Las mujeres no sujetas a varón alguno consideraban a éste como un objeto que utilizaban a su capricho. Su poder lo ejercían de forma diferente: unas se servían de su juventud y belleza, otras entraban en competencia con los propios varones invertidos, otras conseguían satisfacer sus instintos sexuales básicos por cultura y dinero, y otras invistiéndose de un poder mágico que no tenían, les permitía, bajo el consentimiento del varón, maltratarlo y humillarlo.

Palabras clave: dependencia, influencia, misoginia, liberación sexual, características psicológicas

ABSTRACT

Through Petronius' *Satiricon*, this paper is targeted to reveal the way of thinking and acting of a large part of the women living in the Julio-Claudian period. The freed women in this novel appear joined to a man, in order to safeguard the marriage interests, the main foundation of this institute being the money. Those women who were not subject to a man considered them as an object to be used at their whim. These women exerted their power in different ways: some of them used their youth and beauty; other women competed with homosexual men in the conquest of other men; there were other females who satisfied their own basic sexual instincts through their culture or money. Finally, there were women who vested on themselves magical powers they did not have, but which allowed them to abuse and humiliate men with their consent.

Keywords: dependence, influence, misogyny, sexual liberation, psychological features

SUMARIO

- Introducción.- Dependencia e inferioridad de las mujeres en las relaciones de pareja.- Independencia, influencia y poder de las mujeres.- Misoginia.- Relaciones sexuales y liberación sexual.- Características psicológicas y sociales.- Conclusiones.- Bibliografía.

1 Universitat Jaume I. Catedrático de Filología latina.

El *Satiricón* de Petronio² junto con *Las Metamorfosis* o *Asno de Oro* de Apuleyo son las dos únicas novelas de la Literatura Latina de época antigua. Tanto el autor del *Satiricón* como la obra plantean numerosos problemas. De Petronio no sabemos mucho, y su obra solo nos ha llegado en parte e ignoramos su magnitud. Hay muchas lagunas y se piensa que lo que se ha conservado de esta obra es una sexta parte del original. El interés que suscita en el presente trabajo viene dado por ser un documento de primera mano de la sociedad imperial romana de la época julio-claudia (29 a. C. al 69 d. C.).

La sociedad que refleja es la de los desposeídos, los esclavos, los libertos enriquecidos, las prostitutas, las personas libres sin recursos, mujeres también adineradas sin escrúpulos, todo un mundo al margen de la ley, que convivía con los ideales que habían establecido la clase poderosa y dirigente. A pesar de la diferencia de criterios y escala de valores, no había entre ellas una franja insalvable y falta de comunicación, en muchas ocasiones se observaban y trataban de imitarse. El patricio, sujeto a las leyes, trataba de obviarlas y seguir ciertos comportamientos propios de las clases más bajas. A su vez el esclavo que había alcanzado la libertad y gracias a su capacidad de hombre de negocios se había enriquecido, trataba de imitar al patricio en su forma de vivir. En esencia como afirma Eva Cantarella: «la ideología de las clases más bajas no era diferente de la del patriciado» (1996: 258).

Y en todo este mundo, las mujeres ocupan un lugar notable. No podían faltar en esta especie de retrato de la sociedad de su tiempo que lleva a cabo Petronio. Valiosísimos son los datos que nos proporciona en cuanto a la dependencia con su pareja, a las parcelas de poder, independencia e influencia que van conquistando, a la visión que se tenía de ellas, a las relaciones sexuales y a las características psicológicas y sociales que presentan.

Dependencia e inferioridad de las mujeres en las relaciones de pareja

Uno de las columnas claves que servía de soporte a la sociedad romana antigua era el matrimonio. En sus primeras etapas era prácticamente un deber, una forma de dar hijos al Estado y de regular sus nacimientos. El matrimonio se convierte en la pieza que da estabilidad a dicho Estado. De aquí su preocupación por reglamentarlo, bajo criterios eso sí propios de varones, como dominantes de una sociedad patriarcal, sin intervención alguna por parte de las mujeres. Los criterios sociológicos fundamentales por los que se guía, podríamos resumirlos de forma esquemática en los siguientes: a) Convencionalismo. No se trataba de matrimonios productos de un enamoramiento surgido de la libertad entre ambos conyugues, sino que era algo meramente convencional e interesado³. b) Fidelidad de la mujer al marido, pero no a la inversa. La mujer debía ser recatada,

2 Vamos a seguir la traducción de L. Rubio (2006).

3 Como afirma A. Rouselle: «una mujer no escoge el celibato, no escoge el matrimonio, no siempre escoge, en caso de viudedad, un nuevo matrimonio» (2001: 346).

obediente, fiel y velar por los intereses del marido⁴. c) Su tarea fundamental era la de concebir hijos a lo que se añadía su cuidado y el cuidado de la casa (Senés, 1995: 70-72).

Estos eran los criterios por los que se regía el matrimonio. Era el referente teórico incorporado a la conciencia de la clase dirigente, de los poderosos. Poco importaba que tales presupuestos no los llevaran a cabo los que se encontraban al margen de la ley. Lo importante era que los que dirigían tan enorme imperio, se mantuvieran fieles a aquellos principios que habían dado la gloria y la prosperidad a Roma. Los matrimonios que aparecen en el *Satiricón* son los que se dan entre libertos enriquecidos⁵. El más significativo e importante es el matrimonio entre Trimalción (protagonista de una cena-banquete organizada por él mismo) y Fortunata, seguido a continuación de Habinas (tallista de mármol, especialista en monumentos funerarios) y Centella, su mujer. Se trata de antiguos esclavos que han comprado su libertad⁶, personas con capacidad para hacer negocios y producto de ello era su enriquecimiento. Las circunstancias políticas y económicas de la sociedad romana de esta época, permitía que personas de origen esclavista llegaran a ser multimillonarios (Rostovtzeff, 1962: 120). Este es el caso de Trimalción, este personaje de ficción prototipo de esta clase de hombres de negocios, que hace gala de su magnífica posición económica mediante un ostentoso banquete, en el que reina la abundancia, el despilfarro, el exotismo y la vulgaridad⁷.

El efecto que produjo esta situación económica en las parejas entre libertos enriquecidos, fue que trataran de imitar a los matrimonios de la clase dirigente. Era su referente y guía. Y esto es lo que nos retrata Petronio en el *Satiricón*. Cuando en diferentes momentos va dando datos de las parejas señaladas, no las distinguiríamos prácticamente de un matrimonio patricio, a no ser por su lenguaje y por sus comportamientos vulgares, propios de una clase sin formación alguna. Pero los fundamentos son los mismos: el interés por conseguir una mayor influencia y poder político propio de las clases patricias queda desplazado, para ser sustituido en el caso de esta nueva clase enriquecida por el interés básico del

4 Según M. Librán, «Las cualidades más apreciadas y admiradas en la matrona romana eran *pudicitia* y *fides*». «*Fides* es el respeto a la palabra dada», y bajo el nombre de *pudicitia* quedan englobadas «la honestidad, fidelidad, castidad, economía, modestia, compostura, recato, entrega al marido y a los hijos, formación intelectual sin ostentación ni ánimo de llamar la atención, abnegación, frugalidad, obediencia, tranquilidad y ecuanimidad de ánimo, sentido del deber, piedad religiosa, agrado y gracia» (2007: 4-5).

5 Podríamos estar ante parejas de hecho. Hay que tener en cuenta que durante el Principado y el Imperio el matrimonio había sufrido una transformación considerable. Bastaba simplemente con que hubiera acuerdo entre las dos partes para que se reconociera el matrimonio. De aquí la facilidad de divorciarse en caso de llegar en algún momento a un desacuerdo (Cantarella, 1996: 237-248 y Ellul, 1970: 311). Pero también podría ser un matrimonio según la ley de Augusto, *lex Iulia de maritandis ordinibus*, que obligaba a casarse tanto a los ciudadanos libres como a los libertos, entre los 25 y 60 años para los hombres y 20 y 50 las mujeres (Kovaliov, 1964: 140).

6 J. Ellul, pone de manifiesto la tarea que emprendió el Estado durante el Imperio de proteger a los esclavos y su intención de favorecer cualquier forma de adquisición de libertad (*fauor libertatis*) (1970: 374).

7 M. Rostovtzeff, piensa «que Petronio eligió el tipo de liberto para hacer lo más ordinaria y vulgar posible la figura del “nuevo rico”» (1962: 120).

dinero⁸, pero al fin y al cabo interés y no enamoramiento; se exige igualmente fidelidad a la mujer, pero no al marido; y la mujer es la encargada del cuidado de los hijos y de velar por una buena administración de la casa.

El *Satiricón* da buena cuenta de ello. Trimalción, liberto multimillonario está casado con Fortunata (que significa Afortunada) que «cuenta su dinero midiéndolo a celemines» (*Sat.* 37)⁹, y en una ocasión en la que su marido se encontraba arruinado le sacó de apuros entregándole «cien escudos de oro», después de vender «todas sus joyas y todo su vestuario» (*Sat.* 76). El punto de unión es simplemente el dinero, tratar de alcanzar una buena posición económica, bajo la premisa de que el dinero lo puede todo.

La fidelidad va en una única dirección, solo tiene que ver con la mujer. A lo largo de la novela el autor en varios momentos nos indica las preferencias extramatrimoniales de los maridos, no son mujeres sino mancebos. Estas relaciones eran consentidas por la mujer. Se establece en ocasiones un trío amoroso permitido por las mujeres que goza de una cierta estabilidad. En el caso de Trimalción su amor extramatrimonial es un tal Creso «un mancebo ya entrado en años, legañoso y más repulsivo que su propio dueño» (*Sat.* 28, 4). El propio Trimalción quiere que en su panteón figure una estatua de su «niño mimado» (*Sat.* 71, 11). La mujer de Habinas, Centella, es la que se encarga de recordar a su marido en el banquete que lleve un obsequio a su «esclavito mimado» (*Sat.* 66, 5), para quien envuelve un par de manzanas. A lo largo de la cena los ojos de los varones maduros, se van detrás en más de una ocasión de algún hermoso esclavo. Les propinaban toda una serie de besos (*Sat.* 41, 6-8). Y todo ello en presencia de mujeres casadas, cuyos maridos en nada se reprimían en este sentido¹⁰.

La mujer se encuentra en inferioridad de condiciones respecto al hombre, mientras este puede gozar de un amante bajo su aprobación¹¹ y sin que la mujer se lo reproche, no sucede lo mismo con ella. Esto no es más que un rasgo de sometimiento, procedente de las primeras etapas de Roma, la época de los Reyes y de la República, donde la legislación, llevada a cabo por varones, establecía que aquella mujer a la que se había encontrado en adulterio, el hombre tenía la potestad incluso de matarla, pero no se producía en caso inverso, tal y como proponía Catón¹². Esta conducta con el tiempo se

8 Esto era algo muy extendido, no era exclusivo de los libertos enriquecidos. Marcial habla de matrimonios por dinero, IX 80 y XI 23.

9 Este dato hace pensar a S. B. Pomeroy, que Fortunata es la caricatura de una liberta real, ya que considera que solo este tipo de libertas conseguían amasar una fortuna (1987: 221).

10 Resulta llamativo para un lector actual el que solo se habla de este tipo de relaciones extramatrimoniales por parte del varón. Pero era algo habitual en la época de los julio-claudios, donde la figura del *cinaedus* [marica] está tan repetida y patente en la novela. La moda de tener un mancebo como favorito y, en consecuencia, la práctica pederástica por parte de los ricos durante esta época (Conde, 1979: 320) es lo que explica el que Trimalción, como ejemplo de nuevo rico, junto con sus otros camaradas también libertos enriquecidos, en su afán de imitar a las clases altas tuvieran esa predilección por los mancebos.

11 Las relaciones extramatrimoniales era algo muy común en la época julio-claudia. La propia Livia era la encargada de buscar concubinas a Augusto. Lo importante era que no se relacionara sexualmente con mujeres casadas.

12 Aulo Gelio, X 23.

suavizó, en el sentido de que el marido no tenía derecho a matarla¹³, estaba obligado, en cambio, a repudiarla, de acuerdo con las leyes de Augusto (Cantarella, 1996: 212). A pesar de todo estaba presente en la conciencia colectiva, como lo muestra el caso de Mesalina¹⁴.

Otro aspecto a tener en cuenta era su buena valoración y estima en caso de ser una buena administradora de la casa¹⁵, se preocupara porque al marido le fueran las cosas bien y fuera buena consejera. Era algo muy grabado en la conciencia del ciudadano. No se buscaba una bella esposa, sino una esposa dotada de aquellas cualidades más útiles a la causa de la pareja. La belleza era algo secundario, si se presentaba el caso mucho mejor. Entre los patricios un buen ejemplo fue Livia y Augusto. Se dice que Augusto se quedó prendado de una muy joven y hermosa Livia, pero lo más importante era el que perteneciera a una de las familias más poderosas de Roma, la de los Claudios, esa fue la principal razón que llevó a Augusto a casarse con ella. Destacó en el matrimonio por ser una excelente consejera de Augusto y muy buena administradora de la casa imperial.

El *Satiricón* muestra que esta mentalidad que tenía la clase dirigente, era la misma que la clase de los libertos. Era la forma de pensar más común y habitual sin diferencia de clases, dado el espíritu pragmático de los romanos. Nicerote, un liberto invitado a la cena dada por Trimalción, cuenta que siendo esclavo se enamoró de la mujer del tabernero, «una preciosidad, una alhaja de mujer. Pero os lo juro, lo que me atraía en ella no era su físico o una vulgar pasión, sino más bien sus cualidades morales» (*Sat.* 61, 6-8). A la hora de elegir una mujer para formar una pareja lo que más contaba eran sus buenas cualidades y dotes de buena administradora, sobre todo del dinero. De Fortunata, la mujer de Trimalción, un comensal comenta: «Es abstemia, sobria y persona de buen consejo, ya lo ves, es oro puro por ese lado» (*Sat.* 37, 7). Vigila y controla cualquier detalle que sucede en el banquete, permaneciendo entera sin probar bocado ni beber hasta el final del mismo (*Sat.* 67, 1-3). Velaba por su marido evitando que hiciera el ridículo, cuando éste se dejaba llevar por impulsos propios de su natural vulgaridad (*Sat.* 52, 9-11) y se aprestó a curarle cuando un esclavo equilibrista cayó encima de él (*Sat.* 54, 2), ante la idea de que lo hubiera causado un daño irreparable.

La mentalidad que tenía asumida la mujer en relación con el marido, era la de velar por el bienestar de la casa, incluido el propio marido, como pilar fundamental de la misma. Si faltaba el marido todo el negocio de intereses que lo sustentaba se venía abajo. De aquí los lamentos de Fortunata y su mala suerte y el que acudiera rápidamente a atender a Trimalción. En esta misma línea y por las mismas razones no dudó en vender todas sus joyas y vestidos para poner en manos de su marido cien escudos de oro a fin de que volviera a levantar su negocio, que se lo había tragado Neptuno (*Sat.* 76, 4)¹⁶.

13 El marido no podía matarla, pero el *pater familias* podía ejercer el *ius occidendi* si sorprendía a los adúlteros en su casa o en la de su yerno (Cantarella, 1996: 212).

14 La vigencia de esta conducta, lo muestra el caso de Mesalina, a quien Narciso, liberto y secretario del emperador Claudio, dio orden de matar por los numerosos adulterios cometidos.

15 En las *Metamorfosis* de Apuleyo (II 2) se cita a una tal Birrena, matrona romana, como buena gestora de la casa.

16 Porque Trimalción se enriqueció con cargamentos de vino, perfumes y esclavos que enviaba en barcos a diferentes ciudades del Imperio. Uno de esos cargamentos se hundió, y se quedó arruinado. Fue su mujer Fortunata la que le sacó de apuros.

Una diferencia sustancial entre los patricios y los libertos está en el tema de los hijos. Si la matrona romana quería ganarse los elogios del varón y de la sociedad, tenía que dar a luz como mínimo a tres hijos¹⁷. Los dos matrimonios mencionados en el *Satiricón* no tienen hijos. Una explicación podría ser que dada su condición anterior de esclavos, los hijos nacidos de estas uniones, en el caso de que tuvieran hijos, se quedarán en casa de sus patronos, si eran diferentes, en el de la mujer (Pomeroy, 1987: 220). Pero también cabe la posibilidad de que no tuvieran hijos cuando se unen en pareja ya que se trata de uniones con cierta edad. Primero fueron esclavos, después tuvieron que comprarse la libertad, a continuación enriquecerse y ya unirse legalmente en matrimonio. Un proceso que requiere una inversión de tiempo considerable. Así que una vez unidos en matrimonio las mujeres no tenían esperanzas de concebir a ningún hijo, tampoco les importaba y seguramente ni siquiera lo deseaban. No tenían que cumplir con el deber de engendrar ciudadanos que con el tiempo se convirtieran en clase dirigente. Tampoco tenían inculcado el deber de educar a los hijos, ya que ellas mismas carecían de todo tipo de formación. No se veían en la obligación propia de las clases altas «de ser las transmisoras de los valores de los padres, de infundir las virtudes que contribuyeron a la formación de ciudadanos romanos» (Senés, 1995: 70). Lo que realmente les importaba era su buena situación social y valoración que el dinero les daba. No duda el autor en pronunciar la famosa frase aún hoy vigente en nuestra cultura, y que explica la actitud de estas mujeres «tanto tienes, tanto vales» (*Sat.* 77, 6)¹⁸.

Independencia, influencia y poder de las mujeres

En el apartado anterior hemos visto cómo la mujer mantenía una relación con el marido en inferioridad de condiciones, el marido era quien elegía a su mujer tratando de que tuviera unas buenas cualidades como administradora de la casa y cómo se exigía fidelidad a la mujer y no al contrario. A pesar de ello, la mujer tuvo sus parcelas de independencia y libertad en el tema de la fidelidad, ejerció su influencia desde el hogar, y ocupó parcelas de poder, de un poder no oficial.

Independencia y libertad en el tema de la fidelidad

Durante el Imperio la mujer quiso ocupar una parcela completamente prohibida y a la que solo tenían acceso prácticamente los maridos de manera oficial: la infidelidad. La represión que debió sufrir en este asunto durante la República, era motivo suficiente para que desistiera de llevarla a cabo, no obstante, se darían casos y posiblemente más de los imaginables, pero durante el Imperio se extendió esta práctica. Por parte de las clases pudientes surgieron mujeres poderosas que

17 Marcial, XI 53, 7-8: *Sic placeat superis, ut coniuge gaudeat uno / et semper natis gaudeat illa tribus*. «Así agrada a los dioses que ella goce de un solo marido y siempre con tres hijos». Tenía como recompensa librarse de la tutela de un varón (Thomas, 2001: 200).

18 La expresión latina es *assem habeas, assem valeas*.

no tenían escrúpulo alguno en buscarse amantes entre sus esclavos, e incluso, iban a buscar diversión y sexo a los burdeles, sin que los maridos pudieran hacer nada, es más, obviaban el denunciarlas por temor a perder su reputación como varón engañado. Esto era algo muy extendido entre la ciudadanía romana, tanto ciudadanos libres como libertos, los esclavos obviamente no contaban¹⁹.

Se podrían dar diferentes situaciones. Si la mujer era sorprendida manteniendo relaciones con un esclavo, el marido podría denunciarla y hacer que se aplicaran las leyes o bien obviar la denuncia para evitar ir contra su dignidad. Muestra de este estado de cosas lo encontramos en el *Satiricón*. Si se sorprendía a una mujer casada con un esclavo, era repudiada por su marido (según las leyes de Augusto), como la liberta a la que se refiere el secretario de Trimalción cuando rinde cuentas del estado de la hacienda. Fue sorprendida en la habitación de un esclavo, y repudiada por el mayordomo, se supone otro liberto (*Sat.* 53, 10). Se podía aplicar la ley con más severidad. En esta misma cena, un liberto llamado Esquión cuenta que un esclavo, un tal Hermógenes, intendente de Glicón, fue sorprendido haciendo el amor con su mujer y lo condenó a las fieras²⁰. El hecho de que condenara al intendente y no a la mujer, se debe al derecho de propiedad avalado por la jurisdicción romana que tenían los maridos sobre las mujeres. Glicón actuó bajo la idea de que había utilizado algo que era suyo²¹. Resulta muy significativo el comentario que hace el protagonista de esta historia ante tal actitud: «Esto es ponerse a sí mismo en evidencia. ¿Qué culpa tuvo el esclavo, que se vio obligado a acceder? Más justo será meter en las astas del toro a la pendanga de su mujer» (*Sat.* 45, 7-8).

Hay en el Imperio un cambio de mentalidad. La culpa no se echa al esclavo sino a la mujer, que es la que obliga al esclavo a mantener relaciones sexuales con ella, y la que en justicia, según el protagonista, debería ser castigada. No obstante, con este testimonio, queda en evidencia que había maridos que seguían con una mentalidad un tanto rancia y anticuada, basada en el derecho de propiedad. El precio que tiene que pagar el marido por tal denuncia, «muy merecido», por cierto, como dice Esquión, es «quedar ignominiosamente marcado y solo el Orco podrá limpiar su deshonor. Cada uno carga con las propias culpas» (*Sat.* 45, 9).

El que una mujer engañe a su marido debía ser psicológicamente algo penoso de llevar por tratarse precisamente de una mujer. Se prestaría a numerosos

19 Séneca nos ofrece un testimonio sobre esta liberación de las mujeres refiriéndose en concreto al adulterio. Apunta que estas ya no tienen vergüenza de cometerlo. Es más se casan para dar celos al amante y consideran anticuada a la que no sabe que el matrimonio es vivir con un adúltero. *De beneficiis* III 16, 2-3.

20 Cantarella (1996: 212): según las leyes de Augusto el marido podía matar al amante si este pertenecía a las clases bajas, (un esclavo, un infame –gladiador, bailarín, comediante, lenón o prostituto– o un liberto).

21 En las *Metamorfosis* o *Asno de Oro* Apuleyo también ofrece un ejemplo parecido (IX 27-28): la mujer de un molinero, pequeño propietario, es sorprendida con su amante. El molinero castiga al amante causándole graves daños en su cuerpo. La diferencia está en que el molinero repudia a su mujer, y en el *Satiricón* no hay ningún dato de que Glicón repudiara a su mujer, lo que sería lo normal. Puede significar, por otra parte, que se podrían dar casos en que no se llevara a cabo repudio alguno, y el marido se diera por satisfecho con condenar al amante de su mujer, a pesar de que con ello se le podría acusar de lenocinio, según las leyes de Augusto (Cantarella, 1996: 212)

comentarios que señalarían al marido como persona débil, a la que su mujer se había atrevido a atentar contra su superioridad. Seguramente el marido sería plenamente consciente de que en el ambiente social en el que se movía, mientras él se llevaba todas las críticas, más de una un tanto sarcástica, el esclavo, amante de su mujer, recibiría todos los elogios: «¿Cómo podía esperar Glicón – dice Esquión – que la mala hierba de Hermógenes iba a dar un día buen resultado? Su padre era capaz de cortar las uñas de un gavilán en pleno vuelo: de tal palo, tal astilla». Este tipo de relaciones debieron ser muy frecuentes acompañadas de los consiguientes comentarios. El propio Trimalción alardea de que él mismo, cuando era un esclavo, «solía vapulear a su mismísima patrona», lo que hizo que el amo, sospechando de tal relación, lo relegase a una de sus granjas (*Sat.* 69, 3).

La conciencia de la fidelidad que tenía que guardar la mujer no se ha perdido. La mujer casada que deseara guardar un mínimo de apariencias en su recato, si quería mantener relaciones extramatrimoniales, lo tenía que hacer de manera oculta y exponiéndose a la consiguiente denuncia, lo que no sucedía con el varón. No obstante, este tipo de relaciones, aunque algunos maridos no las pudieran soportar y tenían las leyes a su favor para que se aplicaran, como el caso de Glicón o el mayordomo, la mayoría no lo debía de hacer, bien fuera para no ponerse en evidencia, bien fuera porque su mentalidad lo admitía como algo habitual²². El marido simplemente lo que tenía que hacer era no darse por enterado. Trimalción espeta tanto a su mujer Fortunata, como a Centella, mujer de Habinas, ante síntomas de celos de esta última por un esclavo, que hacía de alcahuete de su marido, que deje de ser celosa porque «créeme, también nosotros sabemos de vuestras andanzas» (*Sat.* 69, 3).

Poder e influencia de las mujeres dentro de la pareja

En una sociedad patriarcal, donde se daba por sentado la superioridad del hombre y la inferioridad natural de la mujer, poco espacio quedaba a las mujeres para ejercer su poder e influencia. Su ceguera de no considerar la igualdad entre varón y mujer, siendo solo la naturaleza la que se encarga de dotar de una mayor o menor capacidad con independencia del género, hizo que la mujer quedara relegada al hogar. No obstante, hubo ejemplos muy notorios en la historia de Roma que, a pesar de todo, lo ejercieron, y fueron por ello elogiados y llevados a los altares. Es el caso tan conocido de Livia o la madre de los Gracos. Lo hacían desde el hogar, desde la casa, el lugar al que el varón les había relegado. Era una mínima parcela, pero lo suficiente como para que las decisiones del marido o de los hijos estuvieran completamente mediatizadas por la esposa o la madre.

22 Séneca en *De beneficiis* (I 9, 3): «recuerda, los hombres, acostumbrados a disfrutar de las mujeres de otros, permitan que sus vecinos frecuentasen las suyas en un *aperte ludibrio* de recíproca generosidad. Era lógica, por su parte, la actitud de las mujeres infieles que se proyectaban a buscar satisfacciones en otros hombres, cuando sus propios maridos les demostraba el afecto pasajero de la alternativa» (Conde, 1979: 309). Séneca atribuye al marido la principal causa del adulterio, ya que él era el primero en cometerlo (*De ira* II 28, 7; *Ad Lucilium* XV 94,26).

Una mentalidad tan pragmática como la romana, se doblegó sin dificultad ante la evidencia de mujeres muy superiores tanto por sus cualidades como por su inteligencia. No hay que olvidar que esta mentalidad tan pragmática es la que llevaba al varón a elegir pareja guiándose fundamentalmente por las cualidades que veía en la mujer antes que en su físico en términos generales, o bien por su patrimonio, con el objetivo de ser lo más útil posible al matrimonio. En el *Satiricón* la mujer de Trimalción ejercía su poder e influencia en su marido hasta el punto de convertirse, según comenta uno de los comensales, en «el brazo derecho de Trimalción», a lo que añade «en una palabra, si en pleno mediodía ella le dijera que es de noche, él quedaría convencido de ello» (*Sat.* 37, 5)²³.

La relación de una pareja viene determinada por toda una serie de factores y uno de ellos, muy importante, es por la capacidad que tiene cada uno. Se trata de algo común en las relaciones. La persona más capacitada, la mejor dotada en cualidades, la más inteligente es la que termina marcando pautas de comportamiento, si no en todos los campos, al menos en buena parte de ellos. Esto fue lo que sucedió entre Livia y Augusto, entre Fortunata y Trimalción. El dato más importante a reseñar sería que el varón reconocía la valía de su mujer, se sentía orgulloso de ella porque contribuía al bienestar del matrimonio, a sus objetivos, en el caso de Augusto incluso a dirigir el Imperio y en el de Trimalción a mantener sus posesiones y riquezas. Augusto permitió y apoyó la difusión de numerosas estatuas de Livia por todo el Imperio²⁴, Trimalción quiere que una estatua de su mujer con una paloma en la mano, se erija a su derecha en el panteón que está construyendo (*Sat.* 71, 11).

Poder no oficial de las mujeres marginales

A lo largo de todo el Imperio hubo toda una serie de mujeres que se movía en ambientes bajos y marginales, como magas, hechiceras, brujas, curanderas, sacerdotisas de cultos menores, personajes todos ellos a los que se tenía cierto miedo y respeto bajo la creencia de estar dotados de unos poderes sobrenaturales o religiosos. Ejercitaban cultos y ritos al margen de la religión oficial y en fuerte contraste con ella. No actuaban en representación de nadie, lo hacían a título individual, eran cultos y ritos permitidos siempre que no perturbaran el orden público como muy bien apuntan estas palabras de John Scheid: «toda mujer podía practicar a título individual, para sí misma, absolutamente cualquier culto, siempre y cuando no perturbara el orden público y familiar» (2000: 484). La falta de conocimientos y formación de las clases bajas, su altísimo porcentaje, su analfabetismo, su espíritu supersticioso, dio como consecuencia la proliferación de este tipo de mujeres, que estaban dispuestas a aplicar remedios ante cualquier enfermedad, adivinar el futuro, amedrentar al crédulo analfabeto con historias aterradoras, espantar espíritus, echar maleficios, etc.

23 M. D. Verdejo, llega a afirmar basándose en los epigramas de Marcial que «la mujer romana era realmente la dueña de la casa a pesar del *pater familias*» (1995: 110).

24 Durante el Imperio se decretaron grandes honores a las mujeres honradas. Se vieron favorecidas con títulos honoríficos, sus imágenes aparecían en el reverso de las monedas, se construían en su honor estatuas y edificios, e, incluso, a algunas se las consideró diosas (Pomeroy, 1987: 206-207).

Estas mujeres estaban dotadas de un poder no oficial, independiente, pero real para todos aquellos que creían en ellas y se sometían a su voluntad, como certeramente señalan estas palabras de Paulo Donoso, «quienes vivían en la marginalidad, se sentían más comprometidos e interpretados por las adivinaciones y deslumbramientos de los hechizos de viejas, magos, curanderos, que aplacaban inmediatamente un dolor físico o revertían la impotencia sexual» (2010: 70). Era precisamente la mujer la que normalmente «producía los más diversos encantamientos, nocivos o no, apoyada en una sabiduría o bien en una intuición de todo tipo de productos naturales» (Conde, 1979: 273)²⁵. El *Satiricón* muestra a dos sacerdotisas de Príapo, Cuartila y Enotea, que someten a su voluntad al protagonista de la novela, Encolpio, sin que éste, a pesar de ser hombre, pueda hacer nada para remediarlo. Como representantes del dios Príapo, e intermediaras del mismo ejercen su voluntad sobre el protagonista. El varón sale humillado y malparado.

Cuartila mediante un engaño consigue que Encolpio, su amigo Ascilto y su amante Gitón vayan a su casa para reparar el daño que habían causado cuando estaba celebrando un sacrificio en honor del dios Príapo. Los somete a toda una serie de ritos orgiásticos, donde son obligados a beber, a ser manoseados, besados, maltratados, a mantener relaciones sexuales no deseadas. Cuartila como si de una directora de escena se tratara va marcando las pautas de esta orgía en honor del dios. En el caso de Enotea, el objetivo es distinto, pero los procedimientos de humillación en lo fundamental muy parecidos. Se trata de una curandera, una hechicera con poderes sobrenaturales. La primera medida que toma es que Encolpio debe dormir con ella, una vieja un tanto repugnante, seguida de otras como besarle una y otra vez, brebajes, oraciones, lectura del porvenir a través del hígado de un ganso sagrado, introducirle por el ano un falo de cuero, al que se había frotado con aceite, pimienta molida y semilla de ortigas trituradas, y con la misma sustancia le unta una y otra vez las piernas, etc. Por fin logra escapar. No hay en todo este episodio ningún atisbo siquiera de la fuerza y resistencia que podía haber presentado Encolpio, en calidad de varón, para hacer frente a tanta humillación, y tanto desatino mágico. Hay simplemente obediencia y sometimiento, aceptado y consentido ante la idea de suponerle unos poderes que de forma tácita reconoce en esta sacerdotisa y ante la que nada puede hacer.

Misoginia

La misoginia ha recorrido la historia de nuestra civilización occidental desde Grecia hasta nuestros días²⁶. En Grecia y Roma estaba tan arraigada y asumida que no se llegaron nunca a plantear la igualdad de género. Filósofos como

25 Se trataba de oficios que se movían en la esfera privada en manos de mujeres, tolerados por el Estado. Eran marginales y perduraron a lo largo de los siglos, como afirma C. Espejo: «El eje mujer-sabiduría-magia-medicina configuró una fuerza tal que no se pudo eliminar a pesar de las trabas masculinas y el afán por apartarlas del saber» (1999: 45).

26 En la actualidad aún quedan hombres que desprecian a la mujer por considerarla inferior, también quedan dichos, refranes y comentarios populares misóginos.

Aristóteles y Platón, poetas como Marcial y Juvenal²⁷, son unas buenas muestras del desprecio hacia la mujer en ambas culturas, formaba parte de su idiosincrasia. Pero esta forma de pensar se dejaba sentir aún más, si cabe, en las clases sin formación alguna, donde los insultos y las descalificaciones hacia la mujer estarían a la orden del día. El *Satiricón* de Petronio da cumplida cuenta de ello.

El autor de la novela nos ofrece un ejemplo precioso sobre la utilización de la misoginia como forma de dominación mediante un caso en concreto. En un momento de la cena de Trimalción, se produce una fuerte discusión entre éste y su mujer Fortunata. El motivo fue la entrada en escena de «un esclavo joven y de buena presencia», sobre el que Trimalción se abalanzó y «empezó a besarlo sin parar». En un ataque de celos Fortunata «comenzó a insultar a Trimalción, pregonando su inmundicia y su bajeza por no saber contener sus instintos». Llegó a llamarle incluso «¡perro!» (*Sat.* 74, 9-10). La respuesta de Trimalción no se hizo esperar, para ello se emplea a fondo bajo la idea de doblegarla e imponerse sobre ella. Él es el varón, al que no se ha respetado algo de tan poca importancia como besar a un esclavo por sus cualidades. Es ir contra su superioridad y su *auctoritas*. Por ello, no escatima en insultos, amenazas, descalificaciones y reproches. Comienza por lanzarle una copa que le alcanza en la cara, le recuerda que le ha sacado «del puesto en que estaba en venta como esclava» (*Sat.* 74,13), la llama rana, zancuda, miloca, víbora, y le advierte que en caso de contrariarle sabrá por experiencia quién es él.

La conclusión a la que llega Trimalción es que le queda una tarea que cumplir con su mujer, la de «domar a esta Casandra²⁸ en zapatillas» (*Sat.* 74, 14), la de conseguir que vuelva a buscarle «deshaciéndose las uñas» (*Sat.* 74, 17), es decir, escarbando la tierra en su búsqueda. La idea de doblegar a su mujer, de someterla a sus dictados, es la guía que orienta todo su discurso. Va acompañado de un lamento en forma de arrepentimiento por haberse casado con ella, fui «tonto de remate: me hubiera podido casar con diez millones»²⁹, «por bonachón...me clavé el hacha en mi propia pierna»³⁰ (*Sat.* 74, 14-17). Es un discurso perfectamente elaborado donde hay unas premisas y sus consiguientes conclusiones, siendo inevitable la de domar a su mujer.

27 Cf. en este sentido los textos en nota tanto de Marcial como de Juvenal que aporta E. Cantarella, entre los que se encuentra la famosa *Sátira* VI de este último autor latino (1996: 287-288).

28 Una buena explicación de la comparación de Fortunata con Casandra la ofrece Matías López. Apunta dos posibilidades: la primera derivada de la etimología de la misma palabra Casandra que viene a significar «trama o intriga» contra el «varón o marido». De aquí deduce el que Fortunata sea vista por su marido como una mujer capaz de producirle siempre molestias y problemas. La otra explicación es que confunda a Casandra con Medea, como ya ha hecho en otras ocasiones, dada la incultura manifiesta de Trimalción. En este caso estaría atribuyendo a su mujer la impulsividad y locura que definen a la esposa de Jasón (2007: 175).

29 Matías López traduce de una forma más clarificadora la expresión *sestertium centies accipere potui* por «pude recibir en dote diez millones de sestercios» y en nota apunta «En el caso de que Trispudientillo (así traduce el nombre de este liberto enriquecido) se hubiera casado con otra mujer» (2007: 175).

30 Matías López traduce la expresión *asciam in crus impigere sibi* por «tiré piedras a mi propio tejao» a lo que añade en nota que la misma idea aparece recogida en el dicho popular «Meterse en la boca del lobo» (2007: 177).

Hay en el *Satiricón* además manifestaciones misóginas de carácter general, algo que nos pueda revelar en la medida que permite lo que se conserva de esta novela, lo que en buena parte se podía pensar en aquella época de la mujer. Giran en torno a las siguientes ideas:

- Inestabilidad emocional. Consideraban a la mujer de una gran ligereza (*leuitas*), capaz de cambiar su estado anímico con mucha facilidad, como muy bien dejó documentado Virgilio en estos famosos versos: *Varium et mutabile semper / femina* (*Eneida* IV 560-570). El *Satiricón* nos ofrece un ejemplo determinante. El autor de la novela asigna su manifestación y demostración al poeta Eumolpo, quien en una travesía por mar para distraer a los marineros «comenzó a meterse con la ligereza femenina, decía que las mujeres se enamoraban fácilmente; que, a la primera ocasión, se olvidaban hasta de sus hijos; que toda mujer por muy virtuosa que fuera, bajo el impulso de un nuevo amor, perdía la cabeza y se extraviaba» (*Sat.* 110, 6-8). Y para ilustrarlo cuenta un cuento milesio, el de la matrona de Éfeso. Todos los marineros pusieron en él «los ojos y los oídos», dice el autor. Es un hecho que podemos observar en la actualidad, nos referimos a que todos los hombres pongan mucha atención cuando de lo que se trata es de hablar de mujeres y aún más si se intuye de antemano que saldrá a relucir algún tópico misógino, como sucede con determinados chistes.

El cuento, por lo demás muy conocido y comentado, trata de una matrona muy virtuosa, un ejemplo de amor conyugal, que llora la muerte de su marido. Lo vela en el hipogeo derramando lágrimas sin cesar, incapaz de probar bocado y dispuesta a morir de hambre, hasta que un soldado, que custodiaba a un condenado crucificado, al oír sus llantos se le acerca y la convence para que cese en sus lamentos y coma algo. La mujer tras varias súplicas y ruegos, no solo accede a tomar algo y a cesar en el llanto sino que «durmieron juntos no solo aquella noche, su noche de bodas, sino también la siguiente y otra más, con las puertas del sepulcro bien cerradas, como es de suponer» (*Sat.* 112, 3). Los marineros acogieron el cuento con una carcajada. La carcajada la produce, sin duda alguna, el que los romanos de aquella época tenían incorporado al inconsciente este tópico misógino: el de la ligereza e inestabilidad emocional de la mujer, pues en caso contrario no se hubieran reído.

-Frialdad emocional de la mujer. Es otro de los tópicos que debían también circular en aquella época en el sentido de que las mujeres se movían más por el dinero y el interés que por otra cosa. Al bueno de Crisantemo, un rico liberto, gracias al cual su mujer ha tenido una buena situación económica, cuando fallece, todos le lloraron mucho, menos su mujer que fue muy parca en lágrimas (*Sat.* 42, 6). El llorar a un fallecido era algo que se tenía muy en cuenta en la sociedad de la antigua Roma, ya que era una señal de que realmente se le había querido. El no manifestar dolor o llanto era un síntoma de dureza e indiferencia³¹. Por esta razón el hecho de que la mujer del bueno de Crisantemo no le haya llorado apenas es

31 Séneca así lo expresa: *Inhumanitas est, non uirtus, funera suorum isdem oculis, quibus ipsos videre* «Es inhumanidad, no virtud, contemplar el entierro de los suyos con los mismos ojos con los que los contemplaba en vida» (*Ad Lucilium* 99, 15).

la mejor prueba de que no lo quería. Nótese el adjetivo «bueno» potenciado por la forma de actuar de su mujer. De aquí surge el comentario misógino, que se traslada a todas las mujeres, «pero la mujer... ¡qué ave de rapiña es la mujer! Nadie debiera tener condescendencia con una mujer: es como echar agua al pozo». Y añade «pero un viejo amor es como un cáncer», en clara referencia al hecho de que una pareja con los años pasa del amor a la indiferencia, según Petronio.

-Maldad de la mujer. Otro tópico es considerar a la mujer mala por naturaleza. Para ello la misoginia popular se vale de toda una serie de animales que llevan esta carga semántica con los que la identifica. En el *Satiricón* los animales con los que se identifica a la mujer son: la alimaña (*lupatria* 37, 6), el ave de rapiña (*miluina* 42, 7) la harpía (*milua* 75, 6) y la víbora (*uipera* 77, 2 y 4).

-Falta de raciocinio. Se consideraba a la mujer con muy poca o nula capacidad para pensar. La mujer no se guía por la razón sino por el instinto y las pasiones³², como dice Adrados: «la mujer ríe y llora, no razona» (Espejo Muriel, 1999: 35). De aquí que en el *Satiricón* aparezca identificada con el «alcornoque» (*Sat.* 74, 13)³³.

-Simpleza. Este tópico entra en contradicción con la maldad. Esta última lleva la carga semántica de persona retorcida, que actúa bajo cuerda y con mala intención. En cambio la simpleza, lleva consigo inocencia, ingenuidad y transparencia. La cuestión era sacar defectos a la mujer, aunque fueran contradictorios, guiados por la idea de su inferioridad natural. Una buena muestra la ofrece Trifena que ingenuamente creía que eran auténticos estigmas el letrado propio de esclavos que se había marcado de forma superficial Encolpio y su compañero de viaje Gitón. Es lo que hace exclamar a Licas (dueño de la nave): «¡Oh simpleza femenina!» (*Sat.* 106, 1), extendiendo con ello a todo el género femenino algo que se había producido de forma puntual protagonizado por una sola mujer.

-Derrochadoras. Un tópico que aún hoy se puede todavía escuchar por parte de algunos varones. Esta idea aparece en el momento en que Fortunata, mujer de Trimalción, y Centella, mujer de Habinas, se enseñan sus joyas, lo que hace decir a Trimalción: «Ya veis los perifollos con que cargan las mujeres; y nosotros, como estúpidos, las dejamos que nos desplumen» (*Sat.* 67, 7) y a Habinas, por su parte: «¿Cómo? –refiriéndose a su mujer- ¿no me habrás desangrado para comprarte esas lentejuelas de cristal?» (*Sat.* 67, 10). Las dos mujeres ante tales comentarios «se echaron a reír» (*Sat.* 67, 12), dice el autor de la novela. Resulta significativo este «se echaron a reír», ya que indica la complacencia por ambas partes con la que tenían asumido este tópico. Es más, era una forma de ostentación y prueba de gozar de una buena situación económica con la que los

32 Séneca, *De constantia* XIV 1.

33 Se consideraba a la mujer débil tanto física como mentalmente (*infirmas sexus et levitas animi*). Estos eran los dos motivos claves por lo que pensaban que la mujer debía estar bajo la custodia de los hombres (Pomeroy, 1987: 172).

maridos se encontraban muy satisfechos y orgullosos³⁴.

Relaciones sexuales y liberación sexual

Las relaciones sexuales que aparecen en el Satiricón se guían por un instinto básico y primario. Son relaciones en su mayor parte un tanto forzadas, obligadas e inesperadas. El patrón por las que se rigen afecta tanto a hombres como a mujeres. Sus apetitos sexuales parecen insaciables, no desaprovechan ocasión para exteriorizar sus instintos. La iniciativa es indiferente, puede venir tanto por parte del hombre como por parte de la mujer. Su manifestación prácticamente se mueve en un mismo plano. El autor parece haber seguido el mismo guión para ambos sexos. En la cena de Trimalción ningún varón desaprovecha la ocasión para besar a esclavos jóvenes y hermosos, cuando están a su alcance (*Sat.* 41, 6-8). Eumolpo aprovechaba para plantarle «unos cuantos besos» (*Sat.* 85, 6) al hijo de su huésped, una auténtica belleza, cuando este último se hacía el dormido. Pero en nada se diferencia cuando habla de las mujeres. Durante los ritos orgiásticos a los que fueron sometidos Encolpio, Ascilto y Gitón por parte de la sacerdotisa de Priapo, Cuartila, una jovencita no desaprovecha la ocasión para propinar a Gitón «un sinfín de besos» (*Sat.* 20, 8). O la vieja sacerdotisa Enotea, que «después de lavarse cuidadosamente las manos se recostó sobre mi lecho y me besó una y otra vez» (*Sat.* 135, 2), en referencia a Encolpio. Vemos que tanto hombres como mujeres se dejan llevar por los mismos impulsos, y sus manifestaciones son prácticamente las mismas.

No obstante, la mujer ocupa un lugar más destacado que el hombre en este tema. Es ella quien ocupa mayor protagonismo, siendo además de una mayor habilidad y sutiliza en algunos momentos en sus propósitos. Trifena, dama viajera, de forma muy sutil trata de ganarse a Gitón, por el que sentía una pasión un tanto incontrolable y todo ello en presencia de Encolpio, del que era su amante. Aprovecha el momento en que Eumolpo cuenta a los marineros la historia de la matrona de Éfeso, para apoyar «con cariño su cabeza sobre la espalda de Gitón» (*Sat.* 113, 1) y una vez terminado el cuento, ante la pasividad y consentimiento de Gitón, «cubrir de besos su pecho y arreglar sobre su frente afeitada los rizos

34 Era un rasgo distintivo de las matronas romanas y las mujeres ricas. En las *Metamorfosis* de Apuleyo, refiriéndose a Birrena, matrona romana, con la que se encuentra Lucio en el mercado, dice: *aurum in gemmis et in tunicis, ibi inflexum, hic intextum, matronam profecto confitebatur* «el oro en joyas y en los vestidos, bordado y entretejido aquí y allí, mostraba claramente que era una matrona» (II 2). Era algo extendido por todo el Imperio, como lo muestra Cándida Martínez, al afirmar que «Las mujeres hispanas hacían ostentación pública de sus joyas, vestidos, carruajes, etc.» (1994: 67). Gema Senés (1995: 76-77) da varias explicaciones de este afán por ostentar riquezas: correspondencia directa entre la prosperidad del marido y las riquezas exhibidas por su mujer, por lo que el marido se sentía orgulloso; venía a suplir de algún modo la imposibilidad de ocupar cargos políticos o religiosos; participar en el reparto de botines. En el *Satiricón* queda patente que se trata del primer caso. Todo lo contrario pensaba Séneca quien en su *Consolatio ad Helviam matrem*, dice: *non gemmae te, non margaritae flexerunt; non tibi diuitiae uelut maximun generis humani bonum refulxerunt* «no te doblegaron las piedras preciosas ni las perlas; y no te deslumbraron las riquezas como el mayor bien de la humanidad» (XVI 3). Marcial critica el derroche de las mujeres en III 55.

de la peluca». Era para Encolpio, «una herida cada beso, cada caricia que ideaba esa depravada mujer» (*Sat.* 113, 5-7), cuenta este protagonista. No sabe qué hacer ante tal situación por un pacto que habían llegado de no agresión siendo su única salida la de sumirse en el llanto y el dolor. Hay cierto reconocimiento de la superioridad de la mujer frente al hombre en inteligencia, habilidad y en este caso dotes de seducción con las que entra en competencia.

El caso más notable que se nos narra en esta novela sobre la forma de actuar de algunas mujeres para tener relaciones sexuales con los hombres, es el episodio de Circe y Polieno, nombre que adopta ahora el protagonista Encolpio. Petronio describe con todo realismo este comportamiento. Circe, hermosa dama que representa sin duda alguna a aquellas damas caprichosas adineradas, siente una gran pasión por esclavos, plebeyos, gladiadores o actores, algo muy característico de aquella época³⁵. Considera a Encolpio uno de ellos y va a su conquista. No le importa pagar por ello. Para entablar contacto envía a su sirvienta Crisis. Se acuerda una cita. Nada más verse en el lugar acordado, Circe con dulces palabras y sin importarle que tenga un amante (Gitón), muestra su deseo de entregarse a él, algo que hace sin miramiento alguno (*Sat.* 127, 8). No se llegó a consumir este encuentro porque Encolpio era impotente. Era una situación posible y se debió dar con frecuencia. Petronio de forma clara lo pone en boca de la sirvienta Crisis con estas palabras: «Son frecuentes los percances como el tuyo, sobre todo en esta ciudad» (*Sat.* 129, 10).

Ante una situación de estas, Petronio con gran agudeza psicológica expone la reacción típica de una mujer de su tiempo, representada por Circe, y posiblemente también en la actualidad. Primero fue una reacción de frustración, al pensar que no era lo suficientemente bella, que no iba bien arreglada, o que tenía algún defecto físico. Una vez asimilada esta situación y comprender que la culpa era de Encolpio, una segunda reacción fue la de dirigirle toda una serie de sarcasmos mediante una tablilla: «dicen los médicos que un hombre sin nervio no puede caminar. Te lo tengo que decir: ¡Joven, cuidado con la parálisis! Nunca he visto a un enfermo en tan grave peligro. Válgame el cielo: eres ya un caso perdido» (*Sat.* 129, 5-6). Le invita además a que se cure. Su sirvienta, Crisis, es la encargada de acometer esta tarea mediante una vieja Proseleno que lo somete a toda una serie de encantamientos. Nueva cita con Circe, y nueva frustración y desaire, y la reacción ahora es violenta, sin contemplación alguna, manda que lo azoten y le escupan, algo que el varón considera bien merecido. De forma esquemática las podemos resumir en: sentimiento de culpabilidad, seguido de sarcasmo y rechazo violento.

Previo a este episodio el autor nos da información de esta forma de comportamiento, que debía ser frecuente, a través de Psique, sirvienta de Cuartila. Igualmente extiende una alfombra sobre el pavimento, con la intención

35 El propio Petronio en su novela da cuenta de ello «Hay mujeres que vibran por la crápula y no se apasionan sino al ver esclavos u ordenanzas con la túnica arremangada. Algunas se enamoran de un gladiador o de un mulero todo polvoriento o de un histrión que se exhibe en el escenario» (*Sat.* 126, 5-6).

seguramente de echarse encima (el texto está cortado pero presumiblemente así sería por lo que sigue) del protagonista Encolpio y despertar en él una pasión que mil muertes había ya enfriado (*Sat.* 20, 2). Parece ser que este tipo de iniciativas que actualmente calificaríamos de acoso sexual, pero por parte de la mujer, debieron ser frecuentes. Al final de la novela tenemos otro caso más, Crisis, sirvienta de Circe, se echa al cuello de Encolpio con gran efusión diciéndole: «Ya eres mío tal y como lo había esperado: ¡Oh anhelo de mi alma! ¡Delicias de mi vida! ¡No verás morir la llama de mi amor, a menos que la apagues con mi sangre!» (*Sat.* 139, 4).

Nos hemos estado moviendo en un plano en que la mujer no estaba casada. Pero ésta no por ello deja de reprimir sus impulsos sexuales. Simplemente lo hace a escondidas, exponiéndose a que se entere el marido, como ya hemos tenido ocasión de señalar. Pero es más fuerte la satisfacción de su apetito sexual que el posible castigo que podría derivar si es descubierta. En la novela ya hemos mencionado los casos en que se produce adulterio: la mujer de Glicón, la patrona de Trimalción, y una liberta que vivía en la hacienda de Trimalción. En todos ellos, es la mujer la que toma la iniciativa aprovechándose de su situación como dueña y obligando a sus esclavos a satisfacerla. Todo ello responde a una época en la que la mujer se desinhibe y no tiene reparo alguno en cometer adulterio, como lo hacían los maridos, a pesar de su prohibición por las leyes promulgadas bajo Augusto: *lex Iulia de adulteriis coercendis* y *lex Papia Poppaea*³⁶. Como dice Elena Conde «No se avergonzaban del repudio, en caso de que este se produjese» (1979: 284).

El *Satiricón* nos da también un dato de la edad tan temprana en la que la mujer podía establecer relaciones sexuales. En el episodio de Cuartila se prepara una boda entre una niña de siete años, llamada Panucha, y Gitón, de dieciséis años, con la finalidad de desflorar a la niña. La propia Cuartila indica que ella también soportó de muy joven por primera vez al hombre, hasta el punto de que ya ni se acuerda: «¡Persígame la ira de Juno si guardo algún recuerdo de mi estado virginal!» (*Sat.* 25, 4-5). Además da la razón de por qué se debe hacer así, porque según un dicho popular: «Podrá con el toro quien haya podido con el novillo»³⁷ (*Sat.* 25, 6), proverbio popular que aplicado a este caso, significa que quien desde joven se habitúa a mantener relaciones sexuales con un hombre, de mayor no le sorprenderán, ni tendrá problema alguno, estará plenamente acostumbrada³⁸.

No falta en la novela una escena de voyeurismo por parte de Cuartila que arrastra a Encolpio a su lado y aprovecha para de paso darle unos cuantos besos seguidos (seguimos el mismo guión ya descrito). Encerrados los novios en un cuarto, cuenta el narrador que «desde una rendija maliciosamente preparada observaba con libidinosa curiosidad aquel juego infantil» (*Sat.* 25, 4).

36 El propio Augusto en virtud de estas leyes exilió a su hija y nieta por este motivo (Kovaliov, 1964: 142).

37 Se refiere a una anécdota, la del atleta Milón de Crotona que recorría a cuestas con un ternero recién nacido varios estadios, y así diariamente y a medida que fue creciendo no le costó ningún trabajo llevarlo cuando era un toro adulto. (Rubio, 2006: 49).

38 Hay que tener en cuenta que el derecho romano permitía matrimonios con menos de 12 años por parte de la mujer. Esto significa que podían tener relaciones sexuales por debajo de esta edad con el consiguiente riesgo y daño físico para la mujer (Rousselle, 2000: 348-349).

Petronio da una explicación a toda esta situación, se debe al lujo y buena posición económica de las mujeres de su época (*Sat.* 55, 6)³⁹. El dinero se convierte en un equivalente del poder, no reconocido pero sí ejercido. Las mujeres solteras, como Circe o Trifena, lo ejercen sin escrúpulos, las casadas igualmente pero desde su posición de dueñas y amas. Esta es la percepción del autor de la novela, pero ya desde la distancia que nos ofrece el tiempo, puede también sumarse otra interpretación, es la de una especial venganza inconsciente por parte de la mujer, tanto tiempo sometida. Para la mujer era un verdadero triunfo el que pudiera hacer con el hombre lo mismo que el hombre había hecho y hacía con ella: humillarla, vejarla y despreciarla. Encuentra en el dinero, en su posición de ama la forma de ir contra un sistema que la había tenido recluida en el gineceo o el templo, aunque eso fuera contra su reputación, algo que poco o nada le importaba.

A todo esto hay que añadir un dato de tipo psicológico. La reclusión a las que se vieron sometidas, conllevaba sin duda una fuerte represión que no todas estaban dispuestas a soportar. Encontraron en el dinero y los cargos menores una forma de liberar esa represión. Si no se les permitía ocupar cargos públicos, si su función se limitaba a la procreación y educación de los hijos, y a encargarse de la casa, todas sus fuerzas psíquicas, mentales, e instintos sexuales, se verían mermados y tendían por obra de la naturaleza a darle una salida. Solo bajo una fuerte represión a base de leyes y castigos podrían contener sus necesidades, algo que no estaban dispuestos a aplicar los varones en esta época, y máxime cuando las mujeres de las clases dirigentes eran las primeras que no respetaban ni las leyes ni las costumbres de sus antepasados. La circulación del dinero durante el Imperio, el enriquecimiento de muchas mujeres, las diferentes influencias sobre todo orientales, la necesidad de liberarse de una represión, fueron las causas determinantes de lo que llamamos «relajación de costumbres», algo que pertenece a nuestro vocabulario pero no al de la época de Petronio.

Características psicológicas y sociales

A la hora de abordar este último apartado y con la finalidad de poder analizar ciertos comportamientos y características que debieron presentar las mujeres en la época julio-claudia, vamos a detenernos en un primer momento en las más significativas, por ofrecernos datos muy sustanciosos en este tema. Sus comportamientos y rasgos característicos, vienen muy condicionados según su estado civil y su estatus social. Las mujeres casadas que aparecen en el *Satiricón* son todas ellas libertas, a las que los maridos compraron la libertad. Todas

39 Un poema (la entrada del verso pone más de relieve lo que se quiere decir) que recita el propio Trimalción resulta muy revelador, aunque solo se refiera a las matronas, pero muy bien puede hacerse extensible a todas las mujeres, en cuanto a las consecuencias que tiene el dinero. Comienza hablando del lujo, para terminar con una serie de interrogantes sobre su finalidad. Se pregunta, en definitiva, ¿para qué sirve? Y se contesta no con respuestas enunciativas sino con otros interrogantes, entre los que se encuentran estos dos muy significativos en el tema que nos ocupa: «¿Para que alguna matrona, cargada de las alhajas del mar y saltando sobre su deber, se extienda en lecho ajeno?» «¿Es justo que una mujer casada se vista con vaporosas gasas y se exhiba, desnuda, en una nube de lino?» (*Sat.* 55, 6).

ellas viven del dinero que ganan sus maridos. El personaje más significativo es Fortunata, la mujer de Trimalción, liberta enriquecida sin ninguna formación. Toda su presencia se mueve en la cena dada por su marido. Representa a aquellas esposas fieles que están al lado de sus maridos en las malas situaciones, les sirven de apoyo y no dudan en poner todos los medios a su alcance cuando los negocios les van mal. El propio Trimalción reconoce en medio de la trifulca el gesto que tuvo ella vendiendo todas sus joyas para reflotar el negocio del comercio por mar. Es el verdadero cerebro de la casa, controla y vigila cualquier movimiento que se produzca en ella. Vela por el interés del matrimonio y aconseja a su marido, evitando que en más de una ocasión haga el ridículo. De origen esclavo cuida por mantener la buena posición que ha alcanzado. Se muestra, en este sentido, fría y pragmática. Se siente, por otra parte y por el mismo motivo, orgullosa y vanidosa. Gusta, al igual que las matronas romanas, de exhibir sus joyas y vestidos, y le agrada sentirse admirada. A nivel emocional, no muestra grandes afectos. Solo ante situaciones que pueden ir contra sus intereses, reacciona de forma un tanto simple y primitiva, dada su falta de formación. Se presenta desesperada ante la idea de perder a su marido al caerle encima un esclavo o bien se pone hecha una furia por los celos que despierta en ella un joven y bello esclavo por el que su marido se siente atraído. Y al igual que hacen las matronas que acompañaban a sus maridos a las fiestas y banquetes, ella acompaña también a su marido. Se integra en el banquete y solo bebe vino y se embriaga al final del mismo cuando está junto con Centella. Es una nota de hospitalidad, compañía y deferencia hacia su amiga, ya que en todo momento se había mantenido vigilante sin beber ni probar bocado.

En fuerte contraste con este tipo de matrimonios, se encuentra una matrona, Filomela, «una señora de las más respetables» (*Sat.* 140, 1), dice el narrador. Representa a aquellas matronas que han perdido ya el sentido de la *pudicitia*. Se vale de sus encantos juveniles para hacerse con muchas herencias. Este es su *modus vivendi*. Actúa en este sentido sin escrúpulos y con total hipocresía. Una vez «vieja y ajada», no duda en transmitir a sus hijos esta forma de vida. Los pone en manos de Eumolpo que se había hecho pasar por un viejo rico, bajo el pretexto de que reciban una buena formación. Nada se nos dice de lo que pudiera opinar su marido o mejor dicho sus maridos. Una explicación sería su estado fragmentario, pero lo más probable es que no aparecieran ni sus nombres, ni sus puntos de vista, con la finalidad de dejar más patente su utilización como meros objetos para conseguir dinero por parte de la mujer.

Las mujeres que aparecen sin pareja y no condicionada por ella, se comportan de forma distinta. Las más significativas son: Cuartila, Circe, Trifena, y Enotea. Estas siempre van acompañadas de sirvientas. Lo que mueve a Cuartila es una pasión y lujuria vulgar y salvaje, sin consideración alguna, que busca someter al varón de todas las formas a su alcance. Para conquistar a sus presas se muestra como una auténtica actriz, llora o ríe, según le conviene. En un acto teatral muestra el gran pesar, tormento y dolor que siente por haber interrumpido nuestros protagonistas, Encolpio, Ascilto y Gitón, un sacrificio en honor de Príapo y por su preocupación

ante el hecho de que pudieran divulgar sus misterios. En sus manos está el resarcir tanto daño. Para ello, llora, se arrodilla y les suplica. Nuestros protagonistas se ofrecen a cualquier remedio que les proponga, guiados por la compasión y el miedo. Ante su promesa, cambia su humor bruscamente, y del llanto pasa «a aplaudir y a reír de tal manera que (dice el protagonista), nos quedamos asustados» (*Sat.* 18, 7). Es la reacción un tanto histérica al saber que ya se encuentran bajo su poder y para poderlo ejercer con pleno dominio los lleva a su hospedería, al templo de Príapo, una casa destartada y laberíntica. Aquí es la dueña absoluta de la situación. Como una gran directora de la acción, es la que junto con su sirvienta Psique organiza el rito orgiástico. En torno a ella giran los personajes sometidos a sus órdenes y sus caprichos. Los lleva a situaciones límites hasta la náusea. Les obliga a beber el satirión, bebida afrodisíaca, para un mayor rendimiento en el placer. Su experiencia en el momento de su desfloración la revive en Panucha a la que obliga a casarse con Gitón en una ceremonia teatral. De aquí que no despegue el ojo de la rendija que le permitía ver lo que hacían estos dos niños.

Cuartila comparte con Circe la misma pasión por el placer, pero esta última no es vulgar. Es una joven rica, apuesta, refinada y bella que tiene gran estima de sí misma. Es la personificación misma de la seducción, a la que cualquier varón estaría dispuesto a satisfacer. No le hace falta acudir a ninguna artimaña teatral. Está plenamente convencida de que su físico es lo suficientemente atractivo para incitar a cualquier hombre. En cambio, sus gustos sexuales son vulgares, prefiere al esclavo al hombre de clase alta, seguramente bajo la idea de un vigor más varonil frente al posible afeminamiento de la clase adinerada (Conde, 1979: 311-333). Ella no se rebaja a hablar con la presa elegida en su primer encuentro. Para esto está su sirvienta, Crisis. No se expone a que no acceda, su posición social no se lo permite. Es su sirvienta la que hace este trabajo, la que se arriesga a un «no». Pero una vez que su presa accede, es plenamente consciente de que solo su presencia física, bastará para seducirlo. No duda en ofrecer dinero para una mayor seguridad. Su lenguaje elegante es otro factor a su favor. No pretende una relación salvaje a modo de Cuartila, sino delicada, pero no por ello sin exigir la plena satisfacción, siendo generosa con sus presas. Representa a este tipo de jóvenes ricas, que hacen de su posición social, de su dinero, un instrumento de poder y dominio, guiadas por vivir el momento, aprovecharlo al máximo, por el *carpe diem* y bajo la consideración del hombre simplemente como objeto sexual⁴⁰. Es esta misma posición de sentirse dominadoras, la que les convierte a su vez en crueles e irritables cuando no se cumplen sus expectativas⁴¹. La impotencia del amante elegido destapa su lado irascible. No soporta el insulto a su autoestima, por lo que no duda en mandar que lo azoten y algo mucho más vejatorio, que lo escupan.

Trifena, por su parte, dama, a los ojos del poeta Eumolpo, «la más hermosa de todas las mujeres» (*Sat.* 101, 5), se mueve por el afán de aventura, es una dama

40 Este tipo de mujeres pertenecientes a la aristocracia (Cantarella, 1996: 245), como afirma en sus conclusiones Mañas Núñez «protagonizaban amoríos de toda índole», «por la independencia económica que les proporcionaba su mayor o menor patrimonio» (2003: 192).

41 Mesalina llegó al extremo de ordenar asesinar a aquellos hombres que se negaban a acceder a sus deseos (Mañas Núñez, 2003: 202).

viajera, a la que acompaña su servidumbre. A diferencia de Cuartila que busca un placer pasional y lujurioso, vulgar y salvaje, de Circe que busca una satisfacción plena pero llevada a cabo con estilo y elegancia, Trifena se conforma con un placer sensual y voluptuoso. Su objetivo no es Encolpio del que dice que había sido su amante, el hombre maduro, sino Gitón, un muchacho de dieciséis años, un niño refinado, bello y delicado al que envuelve con sus brazos y besos, como si se tratara de un amor maternal. Sus armas de conquista son su experiencia, habilidad y sutileza. El daño que causa a Encolpio no es un daño físico, sino algo peor, se trata de un daño psíquico. Ante sus ojos y a la vista de todos se gana a Gitón, con el que se muestra cariñosa, sensual y provocadora, dejando en muy mal lugar a nuestro protagonista, que se hunde en unos celos insoportables, sumido en llanto y dolor. El cambio brusco de humor que habían mostrado Cuartila, triste y alegre, Circe, dulce y cruel, Trifena, con el mismo guión, se presenta siguiendo conductas opuestas, como vengativa y comprensiva, dispuesta a infligir junto con Licas unos castigos irrenunciables a nuestros protagonistas, Encolpio y Gitón, por unas ofensas que desconocemos, dado lo fragmentario del texto, pero no duda en proponer una tregua, en llegar a un pacto de paz, y restablecer la concordia, momento que aprovecha para satisfacer la pasión sensual que siente por Gitón⁴².

Enotea, finalmente, sacerdotisa de Priapo, en contraste con las tres mujeres anteriores, no va a la conquista de ningún varón. Es una hechicera-curandera. Está plenamente convencida de sus poderes mágicos, de sus pócimas, brebajes y acciones encaminadas a devolver la virilidad a Encolpio. Si pide a Encolpio que se acueste con ella, no es para sentir placer, sino que forma parte del ritual curativo al que somete a nuestro protagonista. No se mueve por un placer ni sensual, ni sexual, sino por el placer del más puro sometimiento y dominación del varón, punto de encuentro con las otras tres mujeres. No estamos ante una joven, sino ante una vieja despiadada, aficionada al vino (su nombre en definitiva significa «diosa del vino») de la que Encolpio logra escapar al igual que de su sirvienta Proseleno, que se muestra igual de inhumana y brutal que su dueña.

Vemos a estos últimos cuatro personajes femeninos diferentes, pero todas ellas cumplen con una misma función: la de maltratar, humillar y vilipendiar a Encolpio, es decir, al varón. El autor de la novela ha trazado cuatro caminos distintos para llegar al mismo lugar. Cuatro formas de ser con un mismo objetivo. Se mueven por el placer, un placer sin sentimiento alguno, libre de emociones a no ser el que impulsa su propia satisfacción. Hay una inversión de papeles, en el comportamiento de estas mujeres y del varón, ya que ellas se presentan activas, actúan como si de varones se tratara y estos, a su vez, como si fueran mujeres. La iniciativa la llevan ellas, algo que deberían hacer los hombres, según la mentalidad de esta época. Son ellas las que engañan, seducen y maltratan al varón. En cambio éste, se muestra como una mujer, dócil, comprensivo, sometido y sin capacidad para defenderse, parece el sexo débil, en su papel de elemento pasivo.

42 Resulta, por otra parte, un tanto desconcertante el hecho de que en un fragmento que se conserva aparezca una sirvienta llamándola prostituta y fulana. No sabemos el contexto de esta afirmación y confesión que hace a Encolpio (*Sat.* 113, 11). Hay un fuerte contraste entre la imagen que se nos venía dando de una hermosa dama rodeada de su servidumbre a la que trata con respeto y generosidad.

Pero en el *Satiricón* hay también otras mujeres que no cobran la relevancia de las señaladas. Un grupo de ellas las constituye las sirvientas. Estas viven de sus señoras y su función es la de ayudarlas a cumplir sus objetivos. Psique ayuda a Cuartila a llevar a cabo los ritos orgiásticos, se comporta igual que su dueña, forman un tándem que apenas ofrece distinción alguna. Crisis hace de alcahueta, lo propio de una sirvienta de la clase adinerada en cuanto a relaciones sexuales se refiere. Las sirvientas de Trifena, acuden en su ayuda en la reyerta que se origina entre los partidarios y los contrarios a Encolpio y Gitón. Proseleno, una anciana, ayuda a Enotea a curar a Encolpio, y al igual que en el caso de Psique apenas se distingue de su dueña en sus comportamiento y formas de actuar. En el *Satiricón* hay una oposición clara. La servidumbre de los hombres, la más significativa es la de Trimalción, son todos del género masculino, esclavos a su servicio, no hay mención de ninguna mujer. Y en las mujeres son todas del género femenino.

También otras mujeres, sin nombre, hacen acto de presencia. Tenemos, en primer término, a ciertas ancianas, llamadas con el nombre despectivo de viejas. Los oficios que desempeñan son los de alcahueta o *lena* y el de regentar alguna que otra hospedería⁴³. Posiblemente su primer oficio fue el de prostituta que con el paso del tiempo y al ir cumpliendo años, ya no servía para este oficio y terminan unas siendo alcahuetas o *lenas* encargadas de captar clientes para un burdel. Es el caso de una vieja que «vendía legumbres silvestres» (*Sat.* 6, 4) y lleva a Encolpio, desorientado, a un burdel (*Sat.* 7, 3-4). Otras regentan⁴⁴ o son más bien camareras en una hospedería, como la guardiana a la que Encolpio encarga la cena (*Sat.* 90, 7). Era una forma de vida legítima, una salida al sustento diario de muchas mujeres. Trabajos todos ellos considerados bajos y mal vistos frente al de *negotiatrix* [empresaria comercial] o *medicae* [médicos], por ejemplo (Pomeroy, 1987: 223-224 y Pérez Negre, 1998: 152-155).

También hacen su aparición la creencia en brujas nocturnas, dotadas de un poder maligno del que se tratan de proteger, y a las que piden «que permanezcan encerradas en sus casas» (*Sat.* 64, 1). Las curanderas y hechiceras, como a las que se refiere de forma general Crisis, cuando se dirige a Encolpio, diciéndole: «hay hechiceras capaces de hacer bajar la luna del cielo» (*Sat.* 129, 10), tratando con ello de convencerle de que su impotencia tiene remedio. Si pueden hacer esto, con mayor motivo podrán curarle. Se tenía la creencia de que las hechiceras dominaban las fuerzas de la naturaleza, que sometían a sus órdenes (*Sat.* 134, 12)⁴⁵.

Solo hay mención de una esclava, Menófila, compañera de Carión, perteneciente a la servidumbre de Trimalción. En el listado que da el secretario del estado en que está su hacienda, habla de que «en Cumas, en la finca que es de propiedad de Trimalción, han nacido treinta niños y cuarenta niñas» (*Sat.* 53, 2). Finalmente hay una mención a una mujer gladiadora, sin decir su nombre, con ocasión de un

43 En las *Metamorfosis* de Apuleyo (I 7-19), aparece también una hostelera llamada Méroee ejerciendo la brujería. Este personaje se encuentra más definido y no tan indeterminado como en el *Satiricón*.

44 M^a Ángeles López Blanco apunta que «algunas de ellas ofrecían sus servicios a los viajeros» (1997: 118).

45 Cf. también Apuleyo, *Metamorfosis* I 8-9 y Ovidio *Los amores* VIII.

espectáculo que va a dar un liberto (*Sat.* 45, 7). La mujer, como comenta Mañas Núñez, no se contenta con asistir a los espectáculos, sino que participa en ellos⁴⁶. Este es, según este mismo autor, «uno de los aspectos en los que se manifiesta con mayor fuerza la “emancipación femenina”» (2003: 195).

Conclusiones

El *Satiricón* nos ha ofrecido un reflejo de la mujer en la época julio-claudia. Bien es cierto que no puede ser más que parcial, al no conservarse la integridad de la novela, pero no por ello de un gran interés. Pone ante nuestros ojos la situación de la mujer en aquella época, su liberación y emancipación respecto de la época de la Monarquía y la República. Mediante un lenguaje sarcástico va poniendo ante nosotros, como si de un documental se tratase, sucesos en los que las mujeres son protagonistas o se encuentran involucradas. No hay que olvidar que estamos ante un escritor perteneciente a la clase elitista de la sociedad, culto, de grandes dotes de observación y de una gran agudeza en la presentación de los episodios. Sus ideas conservadoras están detrás de este tipo de episodios, donde la exageración y la caricatura son sus mejores exponentes.

El autor quiere dejar patente la situación en la que se estaba quedando el varón respecto de la mujer desde su punto de vista: una posición tan frágil que se comporta más como una mujer que como un hombre. La mujer está ocupando el puesto del varón. Se está produciendo una pérdida de la virilidad propia del varón a favor de una debilidad que se consideraba algo sustancial a la mujer. El autor parece burlarse de esta situación. Se lo toma un tanto a chanza y divertimento. Pero en el fondo le resulta algo preocupante. Estamos asistiendo, según el autor, a un afeminamiento de la sociedad. Cuando habla del matrimonio, es la mujer la que domina y controla al marido, dentro de unos parámetros conservadores, donde se sigue valorando la fidelidad y el que la mujer sea una buena administradora de la casa. Es ella la que aconseja y vigila, la que dice lo que hay que hacer, es la dominadora. El hombre se limita a quejarse y en situaciones intolerables a su juicio, tiene que utilizar la violencia verbal para someter a la mujer, no encuentra otro medio para que se haga respetar su *auctoritas*. Su arma es la misoginia.

Fuera del matrimonio la mujer obra a su gusto y antojo. Estamos asistiendo desde el punto de vista del género a una liberación un tanto desequilibrada. La mujer no se conforma con dominar al varón de una forma más o menos hábil e inteligente, como lo hace la mujer casada, lo considera como un objeto sometido a sus caprichos y propias satisfacciones, lo maltrata y lo humilla. La mujer está haciendo con el varón lo mismo que este hacía con ella. A juicio del autor se está produciendo en la sociedad romana un cambio sin retorno, que no juzga, ni critica, sino que expone de forma abierta, para que sea el lector el que saque sus

46 La existencia de mujeres gladiatoras queda constatada por autores como Tácito, *Anales* XV 32; Marcial, *Libro de los espectáculos* VI y VIIb; Suetonio *Vida de Domiciano* IV 1; Estacio *Silvas* I 6, 51-56 y Dión Casio, *Historia romana* LXII 3, 1. Para un mayor abundamiento cf. Zoll, (2002) y McCullough, (2008).

conclusiones. A su juicio este cambio viene producido por el lujo, en una sociedad donde circula el dinero, los negocios, los mercaderes, el tráfico humano. El sexo se convierte en algo muy fácil de conseguir a través de prostitutas o prostítoos, concubinas, mancebos, cortesanas, en burdeles y en la propia calle, pagando o sin pagar, bajo las órdenes de un amo o una ama o sin órdenes.

Parece que a ojos del autor se estaba cumpliendo algo tan preocupante en aquellos momentos: lo que antaño dijo Catón a propósito de los maridos extensible en nuestro caso a todas las mujeres con independencia de su estado civil y su estatus social, que si se les permitía ser iguales y no se las controlaba, si se les permitía que se insubordinaran, finalmente serían los varones los gobernados y sometidos por las mujeres⁴⁷. Este es el gran temor que planeaba por aquel entonces sobre aquellos varones que contemplaban la situación con una mirada crítica, a quienes no eran indiferentes los cambios tan significativos que estaba experimentando la sociedad de su tiempo. Petronio lo pone de manifiesto mediante el sarcasmo y la burla, Marcial y Juvenal, mediante la sátira misógina, y Séneca a partir de sus ideas estoicas.

BIBLIOGRAFÍA

- CANTARELLA, Eva (1996): *La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*. Madrid: Ediciones clásicas.
- CONDE EGUERRI, Elena (1979): *La sociedad romana en Séneca*. Murcia: Universidad de Murcia. Y de forma concreta los capítulos: «La mujer y su doble dimensión social» pp. 263-301 y «La sexualidad como hecho social» pp. 305-333.
- DONOSO JOHNSON, Paulo (2010): «La magia y sociedad romana en tiempos de Petronio», *Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum* 5, Santiago, pp. 70-83.
- ELLUL, Jacques (1970): *Historia de las instituciones de la antigüedad*. Traducción y notas de F. Tomás y Valiente. Madrid: Aguilar.
- ESLAVA GALÁN, Juan (1989): *Roma de los césares*. Barcelona: Planeta.
- ESPEJO MURIEL, Carlos (1999): «Pócimas de amor: las magas en la antigüedad», *Iberia* 2, pp. 33- 45.
- KOVALIOV, S. I. (1964): *Historia de Roma*. Traducción de Marcelo Ravoni. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Futuro.
- LIBRÁN MORENO, Myriam (2007): «*Pudicitia* y *fides* como tópicos amorosos en la poesía latina», *Emerita* LXXV 1, pp. 3-18.
- LÓPEZ BLANCO, M^a Ángeles (1997): «La pérdida de la dignidad: la prostitución femenina en la Roma Imperial» en: *Actas del primer seminario de estudios sobre La mujer en la antigüedad*. Valencia, 24-25 de abril, pp. 117-125.
- LÓPEZ LÓPEZ, Matías y SAMPIETRO LARA, Marta (2007): *Petronio Árbitro. El Festín de Trispudientillo (Cena de Trimalchionis) [Satiricón: 26, 7-78, 8]*. Barcelona: PPU, S.A. con la colaboración de la Universitat de Lleida.

47 Tito Livio, *Ab urbe condita* XXXIV 2-4.

- MAÑAS NÚÑEZ, Manuel (2003): «Mujer y sociedad en la Roma Imperial del siglo I», *Norba. Revista de historia* 16, pp. 191-207.
- McCULLOUGH, Anna (2008): «Female Gladiators in Imperial Rome», *Classical World* 101.2, pp. 197-209.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida (1994): «Textos para la historia de las mujeres en la Antigüedad» en: *Textos para la historia de las mujeres en España*. Madrid: Cátedra.
- PÉREZ NEGRE, José (1998): «Esclavas, semilibres y libertas en época Imperial: aspectos sociojurídicos» en: Carmen Alfaro y Alejandro Noguera (eds.) *Actas del Primer Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad*. (Valencia, 24-25 Abril, 1997), pp. 137-159.
- POMEROY, Sara B. (1987): *Diosas, ramerías, esposas y esclavas. Mujeres en la antigüedad clásica*. Madrid: Akal.
- ROSTOVITZEF, M. (1962²): *Historia social y económica del Imperio Romano*. Traducida del inglés por Luis López-Ballesteros. Tomo I. Madrid: Espasa-Calpe.
- ROUSELLE, Aline (2000): «La política de los cuerpos: entre procreación y continencia en Roma» en: Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus, pp. 338-444.
- RUBIO FERNÁNDEZ, Lisardo (2006): *Petronio. El Satiricón*. Introducción, traducción y notas. Madrid: Gredos.
- SCHEID, John (2000): «“Extranjeras” indispensables. Las funciones religiosas de las mujeres en Roma» en: Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus, pp. 445-487.
- SENÉS RODRÍGUEZ, Gema (1995): «La matrona romana: consideraciones sobre la situación de la mujer en Roma» en: M^a Dolores Verdejo Sánchez (coord.), *Comportamientos antagónicos de las mujeres en el mundo antiguo*, Málaga: Universidad de Málaga, pp. 69-87.
- THOMAS, Yan (2001): «La división de los sexos en el derecho romano» en: Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus, pp.136-206.
- VERDEJO SÁNCHEZ, M^a Dolores (1995): «La mujer en Marcial» en: M^a Dolores Verdejo Sánchez (coord.), *Comportamientos antagónicos de las mujeres en el mundo antiguo*, Málaga: Universidad de Málaga, pp. 109-125.
- ZOLL, Amy (2002): *Gladiatrix: The True Story of History's Unknown Woman Warrior*. Nueva York: Berkeley.

Recibido el 4 de junio de 2013
Aceptado el 18 de septiembre de 2013
BIBLID [1132-8231 (2014) 25: 68-91]